

broso, la manzana rusa de helado corazón, la pera de invierno con su granujenta pulpa, el níspero más dulce cuanto más podrido (como algunas gentes de sociedad), el amarillo acerolo, lisonjean el gusto y adornan la mesa. No hace frío; el aire es apacible y elástico. Las flores tardías tienen el encanto peculiar de todas las cosas postreras, de las que ya no volverán a suceder, de las que no tienen porvenir porque son constantes y sin sustitución posible. Diríase que una languidez penetrante emana de esas rosas cuyos pétalos caen flojos, de esas primeras violetas que embalsaman sin descubrir sus cálices color de melancolía, de esos grandes crisantemos del Japón, desmelenados, derribados sobre la tierra, de esos rododendros y azaleas blancas que, engañadas por el sol de noviembre, florecen fuera de tiempo, con gracia pudorosa de niña precoz. Y hasta tiene poesía la negra bandada de cuervos salpicando de manchas de tinta el cielo azul, y exhalando un graznido que no es ronco ni desapacible, porque la distancia le presta sonido como de arrullo.

* *

En las ciudades esta época también tiene una frescura especial. Se combina y arregla la vida para el invierno; se desechan los cuidados antiguos, se rehace, por decirlo así, la existencia de cada uno. El gusto de pisar otra vez las calles cuyo pavimento nos parecía ya duro á fuerza de andar por él; la excitación de la ciudad después de una larga temporada soñolienta y vegetativa, de campo; el ruido de oleaje de la multitud; todo alboroz, en los primeros instantes del cambio de residencia.

Madrid tarda, sin embargo, en eslabonar la cadena de sus fiestas y saraos. En esta época no se baila, no se encienden las arañas de los salones. Es verdad que ya salones y arañas no suelen brillar para fiestas de verdadero lucimiento; y las actuales mundanas siempre experimentan la nostalgia de aquellos días de la Montijo... Los cronistas de la vida elegante no cesan de recordar á la madre de la emperatriz, á María Buschental, á la condesa de Campo Alange. No conocí á la primera, y es un recuerdo vago á fuerza de ser lejano haber visto á la segunda, en el foyer del teatro Real, envuelta en un albornoz de rayas charras, de mal gusto, y disimulando á fuerza de afeites el estrago de los años. A la tercera la conocí tanto, que fué una de mis mejores amigas. No sabré encarecer bastante la gracia de su ingeniosa conversación, la espontaneidad de sus arranques, la lealtad de sus amistosos afectos, el estilo de gran señora que en todo y para todo sabía tener. Su colección magnífica de abanicos y tabaqueras, que se complacía en enseñar y comentar, me dió asunto para interminables excursiones históricas. Aquella noble dama no había recibido otra instrucción sino la que en su tiempo solía darse á las señoritas, por alta posición que ocupasen; pero el natural despejo, los viajes, el encontrarse dentro del foco mismo de la historia, que es la aristocracia de sangre, la habían enseñado mucho, sin esfuerzo, sin pedantería, y por eso su conversación, mosaico de recuerdos, era un tesoro, y sus cartas un primor, digno del siglo XVIII, al cual, por el espíritu y el carácter, pertenecía la condesa. Un día, la contemplación de un busto de bronce, romano por más señas, nos sugirió qué sé yo cuántas ideas y reminiscencias, las cuales, si pasasen al papel, serían tal vez curiosas. Por desgracia la condesa era ya anciana cuando la conocí. ¡Si hubiese vivido nada más que otros veinte años! — Al llegar las personas á recoger caudal de experiencia, rico tesoro de recuerdos, es cuando la muerte se las lleva, como si envidiase el contento que nos dan...

* *

Dejada atrás esta memoria, diré que el invierno próximo se anuncia, más que bullicioso, tranquilo. El *train-train* de todos los días continuará invariable. Pequeños sucesos en reducido escenario. No ha sido muy trascendental la visita de los dos príncipes alemanes, si ya no es que el mozo llega con el tiempo á sentarse en el trono de España á título de rey consorte; y todo ello requiere acontecimientos, muertes, bodas, eventos cuyo misterio se reserva el destino. El mayor de los príncipes, según he oído decir á alemanes, desempeña un papel eminentemente decorativo en la corte. Su desmedida estatura le hace muy ornamental, y siempre que hay un entierro, un bautizo regio, una coronación, alguna de esas ceremonias á que los tronos envían representantes, allá va el príncipe, á lucir la presencia.

Si dudásemos del carácter, más histórico que otra cosa, de la institución de la monarquía, nos conveniría esta observación, de cómo va unido á las con-

diciones personales el prestigio del monarca y de los que le representan. Un emperador romano, conocido por Maximiliano Hercúleo, fué elevado al solio en consideración á su gigantesca estatura. Un enano, un jorobado, no pueden reinar.

* *

Uno de los síntomas de la postración actual — mayor de lo que á primera vista puede suponerse — es la carencia de polémicas literarias y artísticas. No se discute de arte, porque á nadie le importa ni preocupa eso. La misma sátira, que por lisonjear instintos naturales de malevolencia y frivolidad tenía lectores, va perdiéndolos. La indiferencia se sobrepone á la malignidad. Por eso no ha sorprendido ver que los periódicos agitan la cuestión de cómo debe hacerse el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla; si empleando la canturía propia de los tiempos melenudos, ó con la naturalidad y realismo del teatro de hoy.

El problema es un problema de entrada de invierno, porque el *Don Juan* abre la temporada del frío, con su poesía de cementerio y sus arrestos bizarros de galanteador envuelto en la capa. Las razones en pro y en contra del tono enfático en el *Don Juan* no me han convencido mucho. Yo no creo que hay un molde sacramental para caracterizar un personaje. Cada actor puede sentirlo é interpretarlo á su manera, y en aquel momento producirnos sensación que nos conmueva y nos haga percibir la poesía especial del tipo. Novelli, por ejemplo, crea un Luis XI diferente del que Valero creaba; Mounet Sully ya lo comprende de otro modo; cada artista tiene su escuela, y puede lograr por medio de ella efectos grandes é inesperados. Sarah Bernhardt aclimata un *Hamlet* distinto del de Irving, y no es malo, no, el *Hamlet* de Sarah; dado que ni *Hamlet* existió, ni aunque existiese sería fácil averiguar cómo hablaba y cómo vestía y cómo se las había con su madrastra y su Ofelia y sus amigos y enemigos.

Si se me preguntase mi predilección, siempre votaría á favor de la naturalidad, de la dicción dramática sí, pero no *cantabile*, no con crecimientos musicales y arpegios de voz y aires de bravura. Ahí están, por ejemplo, en el *Tenorio*, las nunca bien ponderadas y archiconocidas décimas del sofá. ¿Comprende nadie, ni cabe en cabeza humana, que en una noche de luna, entrando por la ventana la fragancia de los azahares, reunidos don Juan y doña Inés se pongan á gritar? ¿No es más lógico que aquello que van á decirse se lo digan á media voz, como un susurro dulcísimo? La eficacia de las frases de don Juan ¿no ganará mucho con el misterio y la reprimida vehemencia? ¿Se concibe un seductor á berridos?

* *

Sarah Bernhardt, estos días, ha recreado al público madrileño, con su arte y también con sus perifollos. Es asombrosa la gran actriz, no sólo por lo que hace, sino por lo que se conserva, con una juventud eterna, como la primavera de la isla de Calipso. ¡Trabajar tanto y vivir tanto! Y no es que la distancia á que solemos ver á las actrices favorezca á Sarah y disimule en su persona la obra de los años. Hace pocos meses tuve el gusto de encontrarme al lado de Sarah, en su *camerino*, en París. Era el intervalo del acto tercero al cuarto, si no me equivoco, de la *Dama de las camelias*. Vestíase la actriz para el baile, y en sus crespos cabellos rubios lucía ya dos grupos de camelias rosa. Se daba blanquete á la garganta, colorete á los labios, sin interrumpir la conversación. El traje era de rosa blanco, de un blanco nacarado, y los grandes pliegues de la tela envolvían el cuerpo con majestuosas inflexiones. Pidió sus sortijas, y le trajeron una bandeja llena, de la cual eligió diez ó doce, porque en sus largos dedos delgados la sortija cae bien. Y al gritar el avisador: «¡Madame Sarah!», era una impresión extraordinaria la rapidez con que se irguió, eléctricamente, respondiendo con toda su alma al llamamiento del público. Su alta estatura parecía mayor aún en el *camerino* bajo de techo y lleno de ramos de flores, de orquídeas raras y plantas de salón. Recogió su cola, dejando ver que bajo la lengua y magnífica falda iba desnuda, es decir, que no llevaba otra ropa (sin duda para conseguir el efecto estatuario de la actitud en escena) y enseñando el pie largo, bien calzado, y la media de seda bordada hasta más arriba del tobillo; sonrió, saludó y se fué. Era inverosímil que tuviese la edad que le atribuyen los diarios; era una mujer joven, nerviosa, fuerte á la vez, de formas extrañas, entre mórbidas y seráficas, de lineamentos realmente tentadores para el lápiz y el pincel. ¡Y cómo hizo después la escena del desmayo!

EMILIA PARDO BAZÁN



MME. REJANE

En el próximo número publicaremos una semblanza de esta eminente actriz, que con éxito tan brillante está dando actualmente una serie de representaciones en el teatro Principal de Barcelona. Al publicar hoy su retrato, nos limitamos á enviar nuestro entusiasta aplauso á la que con razón se considera como una de las más legítimas glorias de la escena francesa.

LA VIDA CONTEMPORANEA

ENTRADA DE INVIERNO

Esta estación es atractiva, y comprendo perfectamente á los ingleses que han impuesto á Europa la moda de quedarse hasta muy tarde en el campo, aprovechando las últimas sonrisas de la naturaleza, que se prepara á arrojarse en los arroyos de enero.

En la época que ahora estamos atravesando, en el país del Noroeste, el paisaje es más hermoso quizá que en tiempo alguno. Despójase de hoja los castaños y los olmos, y dibujan sobre el cielo la fina crestería rojiza de su complicado ramaje. Los prados tienen un verde de felpa delicadísimo, y los montes una violeta suave, en que los rayos oblicuos del sol proyectan líneas de oro. Los frutos del otoño se recogen y acaban de madurar en casa, al abrigo de la escarcha y de la lluvia. La castaña, con su ropón de brillante paño, la camuesa fragantísima, el pero sa-